

Ensayo Académico.

De la supervivencia al desarrollo: la transformación de Singapur bajo el liderazgo de Lee Kuan Yew (1965-2000).

Gutiérrez Sánchez, Osvaldo.

Cita:

Gutiérrez Sánchez, Osvaldo (2026). *De la supervivencia al desarrollo: la transformación de Singapur bajo el liderazgo de Lee Kuan Yew (1965-2000)*. Ensayo Académico.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/osvaldo.gutierrez.sanchez/60>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pGRc/VMW>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

De la supervivencia al desarrollo: la transformación de Singapur bajo el liderazgo de Lee Kuan Yew (1965-2000)

Por. Lic.Esp. Osvaldo Gutiérrez Sánchez

Introducción

La experiencia de Singapur constituye uno de los casos más extraordinarios de transformación económica y política del siglo XX. En apenas unas décadas, una pequeña ciudad-Estado carente de recursos naturales, con una población profundamente fragmentada desde el punto de vista étnico y lingüístico, altos niveles de desempleo, graves problemas de vivienda, una administración pública afectada por la corrupción y un entorno regional hostil, logró convertirse en una de las economías más desarrolladas, competitivas y estables del mundo. Este proceso ha despertado un amplio interés entre economistas, politólogos e historiadores debido a que desafía muchas de las explicaciones tradicionales sobre el desarrollo, las cuales suelen asociar la prosperidad con la abundancia de recursos naturales, el tamaño del mercado interno o la disponibilidad de ventajas geográficas.

El presente ensayo tiene como objetivo analizar los factores que hicieron posible la transformación de Singapur durante el liderazgo de Lee Kuan Yew entre 1965 y 2000. Más que describir el crecimiento económico alcanzado por la ciudad-Estado, se busca comprender el conjunto de decisiones políticas, reformas institucionales y estrategias económicas que permitieron construir un Estado eficaz y una economía altamente competitiva. Asimismo, el trabajo pretende examinar cómo la lucha contra la corrupción, la inversión en capital humano, la construcción de una identidad nacional y la apertura al comercio internacional constituyeron políticas interdependientes dentro de un proyecto integral de desarrollo.

El estudio del caso singapurense resulta particularmente relevante porque representa una experiencia histórica singular. Mientras numerosos países recientemente independizados durante la segunda mitad del siglo XX enfrentaban crisis económicas, conflictos internos e inestabilidad institucional, Singapur consiguió consolidar un aparato estatal eficiente y generar condiciones favorables para la inversión y el crecimiento sostenido. Esta singular trayectoria constituye la principal razón para abordar el modelo de desarrollo impulsado por Lee Kuan Yew y analizar el papel desempeñado por su liderazgo en la construcción del nuevo Estado. Comprender cómo un país pequeño, pobre y subdesarrollado, sin recursos naturales significativos y con profundas limitaciones estructurales, logró alcanzar elevados niveles de desarrollo económico, social e

institucional permite reflexionar sobre los factores que hicieron posible esa transformación. En este sentido, uno de los aspectos más relevantes del liderazgo de Lee Kuan Yew fue que orientó su proyecto político hacia la construcción del futuro antes que hacia la reivindicación permanente del pasado colonial. Sin desconocer las consecuencias del dominio británico, evitó fundamentar su programa de gobierno en el resentimiento derivado de la experiencia colonial y concentró sus esfuerzos en construir instituciones eficaces, generar empleo, atraer inversiones y crear las condiciones necesarias para sacar a la población de la pobreza y asegurar la viabilidad del nuevo Estado. Asimismo, el caso adquiere especial interés para Hispanoamérica, ya que ofrece una experiencia histórica cuyo estudio puede aportar enseñanzas valiosas sobre la importancia de las instituciones, la planificación estratégica, la formación del capital humano y la calidad del liderazgo político en los procesos de desarrollo, sin desconocer las diferencias históricas, sociales, culturales y políticas que distinguen a ambas realidades. Sin embargo, también plantea interrogantes acerca de los costos políticos de ese modelo, caracterizado por un fuerte liderazgo, amplias facultades estatales y restricciones al pluralismo político.

La hipótesis que orienta este ensayo sostiene que la transformación de Singapur fue el resultado de un proyecto de construcción estatal impulsado por Lee Kuan Yew, basado en un liderazgo estratégico, instituciones públicas eficientes, meritocracia, combate sistemático a la corrupción, inversión sostenida en educación y salud, y una inserción pragmática en la economía internacional. Lejos de depender de ventajas naturales o de circunstancias fortuitas, el desarrollo singapurense respondió a una estrategia deliberada de fortalecimiento institucional que convirtió al Estado en el principal impulsor de la modernización económica y social.

La argumentación del ensayo se sustenta en un conjunto de seis fuentes complementarias, que combinan testimonios de primera mano, interpretaciones académicas y materiales de divulgación. Las principales corresponden a las memorias de Lee Kuan Yew: *The Singapore Story* (1998), donde reconstruye su trayectoria política y el complejo proceso que condujo a la independencia de Singapur, y *From Third World to First: The Singapore Story, 1965–2000* (2000), en la que explica las estrategias adoptadas para la construcción del Estado y la transformación económica del país. A estas fuentes primarias se suma el análisis de Henry Kissinger en *Liderazgo*, quien interpreta a Lee Kuan Yew como uno de los grandes estrategas políticos del siglo XX y destaca su capacidad para combinar pragmatismo, planificación y adaptación a un entorno internacional cambiante. El ensayo incorpora además el artículo de *La Nación* sobre la política anticorrupción de Singapur, que sintetiza las principales reformas administrativas impulsadas durante su gobierno; el artículo de *Deutsche Welle*, que examina el legado institucional dejado por Lee Kuan Yew tras su fallecimiento; y el análisis publicado por el Centro Mises, que explica cómo el

modelo económico singapurense influyó posteriormente en las reformas promovidas por Deng Xiaoping en China.

I. Singapur en 1965: un Estado con escasas posibilidades de sobrevivir

1.1 La independencia y la expulsión de Malasia

La independencia de Singapur no respondió al modelo clásico de los movimientos nacionalistas que culminan exitosamente en la creación de un nuevo Estado. Por el contrario, la separación de Malasia en agosto de 1965 constituyó una ruptura política inesperada que dejó a la joven nación en una situación de extrema vulnerabilidad. Lejos de representar el desenlace deseado de un proceso emancipador, la independencia fue consecuencia de la decisión del gobierno malasio de expulsar a Singapur de la federación apenas dos años después de su integración. Lee Kuan Yew recordaría este episodio como uno de los momentos más dramáticos de su vida política, consciente de que el país había quedado aislado y sin garantías de supervivencia.

La separación significó la pérdida del mercado común con Malasia y agravó las incertidumbres sobre el futuro económico de la isla. Además, Singapur carecía de fuerzas armadas propias, dependía de la presencia militar británica y se encontraba rodeado por vecinos con los que mantenía relaciones complejas, especialmente Indonesia y la propia Malasia. En este contexto, la supervivencia del nuevo Estado aparecía seriamente comprometida. Como señaló posteriormente Lee, Singapur era "un corazón sin cuerpo": una ciudad portuaria sin hinterland económico y sin recursos naturales que sostuvieran su independencia.

Henry Kissinger coincide en señalar que la mayoría de los observadores internacionales consideraban improbable que Singapur pudiera consolidarse como Estado soberano. Su reducido territorio, la ausencia de materias primas, la dependencia del comercio exterior y las tensiones geopolíticas hacían pensar que la independencia sería apenas un episodio transitorio antes de una eventual reintegración regional o de un profundo deterioro económico. Precisamente por ello, el principal desafío de Lee Kuan Yew no consistía únicamente en gobernar un país, sino en construir las condiciones mismas que permitieran su existencia como nación independiente.

Décadas después, el reconocimiento internacional del legado de Lee confirmaría la magnitud de aquella transformación. Al informar sobre su fallecimiento en 2015, Deutsche Welle destacó que había logrado convertir una pequeña isla pobre y afectada por enfermedades en un moderno centro financiero y comercial, subrayando que la fortaleza alcanzada por las instituciones singapurenses garantizaba la continuidad del modelo incluso tras la desaparición de su principal arquitecto.

1.2 Problemas estructurales

La incertidumbre política se combinaba con una serie de problemas estructurales que amenazaban la viabilidad del nuevo Estado. En el plano económico, Singapur registraba elevados niveles de desempleo, escasa industrialización y un ingreso per cápita cercano a los quinientos dólares anuales. Gran parte de la actividad económica se concentraba en funciones portuarias tradicionales, mientras la manufactura apenas representaba una pequeña proporción del producto interno bruto.

Las condiciones sociales eran igualmente precarias. Persistía un grave déficit habitacional, amplios sectores de la población vivían en condiciones de hacinamiento y la corrupción se había extendido durante el período colonial británico, afectando tanto a la administración pública como a las relaciones entre el Estado y la sociedad. Lee identificó desde el inicio que la corrupción no solo constituía un problema ético, sino un obstáculo directo para la construcción de instituciones confiables y para la atracción de inversiones.

A estos desafíos se sumaban profundas divisiones étnicas. La población estaba integrada mayoritariamente por ciudadanos de origen chino, junto con importantes comunidades malayas e indias, cuyas relaciones habían estado marcadas por conflictos y episodios de violencia. Los disturbios raciales ocurridos durante la breve experiencia de la Federación de Malasia evidenciaban que la cohesión nacional no podía darse por supuesta, sino que debía construirse deliberadamente mediante políticas públicas orientadas a promover la convivencia y una identidad compartida.

Desde la perspectiva de Lee Kuan Yew, todos estos problemas convergían en un objetivo prioritario: garantizar la supervivencia del Estado. En sus memorias insiste en que ninguna política económica tendría éxito si antes no se aseguraban la estabilidad política, la seguridad nacional y la confianza de la población en las instituciones. El desarrollo económico fue concebido, por tanto, como una consecuencia de la construcción de un Estado eficaz y no como un proceso independiente de la organización política.

Kissinger coincide con esta interpretación al señalar que el mérito histórico de Lee no consistió únicamente en impulsar el crecimiento económico, sino en comprender que la supervivencia de Singapur dependía de construir simultáneamente una nación, un Estado y una economía moderna. Esta visión estratégica permitió articular reformas institucionales, políticas sociales y apertura económica dentro de un proyecto coherente de largo plazo, cuyo éxito terminaría convirtiendo a Singapur en una referencia internacional para el estudio del desarrollo contemporáneo.

II. La construcción del Estado como condición del desarrollo

La experiencia de Singapur demuestra que el desarrollo económico no fue concebido por Lee Kuan Yew como un objetivo aislado, sino como el resultado de un proceso previo de construcción estatal. Desde su perspectiva, una economía moderna solo podía surgir sobre la base de un Estado capaz de garantizar el orden, hacer cumplir las leyes, administrar eficientemente los recursos públicos y generar confianza tanto entre los ciudadanos como entre los inversionistas. En consecuencia, las primeras medidas adoptadas después de la independencia no estuvieron orientadas exclusivamente al crecimiento económico, sino a consolidar las capacidades institucionales necesarias para asegurar la supervivencia del nuevo Estado.

A diferencia de numerosos países recientemente independizados que concentraron sus esfuerzos en la nacionalización de empresas, la expansión del gasto público o la adopción de programas ideológicos, Lee Kuan Yew adoptó una estrategia esencialmente pragmática. Su preocupación principal consistía en responder a una pregunta concreta: ¿cómo podía sobrevivir un país pequeño, sin recursos naturales y rodeado por vecinos potencialmente hostiles? Esta pregunta atraviesa toda su obra autobiográfica y constituye el punto de partida de las políticas que posteriormente transformarían a Singapur en una economía desarrollada.

Henry Kissinger interpreta este rasgo como la característica distintiva del liderazgo de Lee Kuan Yew. A su juicio, el dirigente singapurense nunca gobernó guiado por dogmas ideológicos rígidos, sino por una permanente adaptación a las circunstancias. Su criterio fundamental era evaluar qué políticas producían mejores resultados para la supervivencia y prosperidad nacional, independientemente de su origen doctrinario. Por ello podía combinar una economía abierta y orientada al mercado con un Estado altamente intervencionista en la planificación, la educación, la vivienda y la administración pública.

2.1 Un liderazgo estratégico orientado a resultados

El liderazgo de Lee Kuan Yew desempeñó un papel decisivo en la configuración del proyecto nacional singapurense. Desde los primeros años de autogobierno comprendió que el principal desafío no consistía únicamente en administrar un territorio, sino en construir simultáneamente un Estado, una economía y una identidad nacional. La independencia de 1965 no significó la culminación de un proceso histórico consolidado, sino el inicio de una etapa caracterizada por la incertidumbre política y económica.

En sus memorias, Lee recuerda que la separación de Malasia lo enfrentó a una situación inédita: un país sin ejército propio, sin recursos naturales, sin mercado interno suficiente y con profundas

divisiones étnicas. Lejos de interpretar estas limitaciones como obstáculos insuperables, decidió convertirlas en el fundamento de una estrategia basada en la eficiencia institucional y la competitividad internacional. Para él, la escasez obligaba a gobernar con mayor racionalidad, evitando el desperdicio de recursos y privilegiando siempre el largo plazo sobre las ventajas políticas inmediatas.

Kissinger sostiene que esta capacidad para transformar la vulnerabilidad en una ventaja estratégica explica buena parte del éxito singapurense. Mientras otros dirigentes poscoloniales justificaban sus dificultades apelando a factores externos, Lee utilizó la percepción permanente de amenaza como un mecanismo para movilizar a la sociedad y fortalecer las instituciones estatales. El miedo a desaparecer como nación independiente se convirtió en un poderoso incentivo para impulsar reformas profundas que, en condiciones políticas más favorables, probablemente habrían encontrado mayores resistencias.

Esta visión también aparece reflejada en el artículo publicado por Deutsche Welle con motivo del fallecimiento de Lee Kuan Yew. Allí se afirma que el dirigente fue considerado el "arquitecto" de la transformación de Singapur precisamente porque consiguió convertir una colonia pobre y vulnerable en un moderno centro financiero internacional. Más importante aún, el artículo destaca que la fortaleza alcanzada por las instituciones permitió que el funcionamiento del Estado continuara con normalidad después de su retiro del gobierno y aun tras su muerte, demostrando que el proyecto trascendía la figura personal del líder.

2.2 La construcción de instituciones eficaces

Uno de los rasgos más distintivos del proceso de modernización impulsado por Lee Kuan Yew fue la prioridad concedida a la construcción de instituciones estatales eficaces. Desde sus primeros años de gobierno, el dirigente singapurense sostuvo que la legitimidad del Estado no dependía de la retórica política ni de las promesas electorales, sino de su capacidad para resolver de manera eficiente los problemas concretos que enfrentaba la sociedad (Lee Kuan Yew 2000). Bajo esta premisa, conformó un gabinete integrado por dirigentes con sólida formación técnica y administrativa, entre quienes sobresalían Goh Keng Swee, responsable de las políticas económicas y financieras, y S. Rajaratnam, principal impulsor de la política exterior y de la construcción de una identidad nacional multirracial. La selección de estos colaboradores respondía a un criterio deliberado: privilegiar la competencia profesional sobre las lealtades partidarias, configurando un equipo de gobierno orientado por la planificación estratégica y la toma de decisiones basada en evidencia.

La profesionalización del servicio civil constituyó uno de los pilares fundamentales de este proyecto institucional. Los principales cargos de la administración pública comenzaron a cubrirse

mediante criterios de mérito, capacidad técnica y desempeño, procurando aislar a la burocracia de las prácticas clientelares y patrimonialistas que afectaban a numerosos Estados surgidos de la descolonización. Como señala Lee Kuan Yew (2000), un país pequeño y carente de recursos naturales no podía permitirse funcionarios incompetentes, pues cada error administrativo reducía las posibilidades de supervivencia y desarrollo del Estado. La meritocracia dejó así de ser únicamente un principio de gestión para convertirse en un componente esencial de la estrategia nacional.

La consolidación de un aparato estatal eficiente estuvo estrechamente vinculada al combate contra la corrupción. Apenas un año después de la independencia, el gobierno fortaleció el marco normativo destinado a perseguir el enriquecimiento ilícito, amplió las facultades de investigación sobre los funcionarios públicos e incrementó significativamente las sanciones previstas para los delitos de corrupción. Según recuerda Lee Kuan Yew (2000), el propósito era transmitir una señal inequívoca tanto a la administración como a la sociedad: ningún integrante del gobierno estaría por encima de la ley y el ejercicio de la función pública implicaba un compromiso ineludible con la integridad institucional.

Diversos estudios coinciden en señalar que el éxito de esta política no respondió únicamente al endurecimiento de las penas, sino al diseño de un sistema institucional coherente. Un análisis publicado por La Nación identifica cuatro componentes centrales de la estrategia singapurense: el fortalecimiento de una agencia independiente especializada en la investigación de la corrupción, la ampliación de los mecanismos de control patrimonial de los funcionarios, el establecimiento de remuneraciones competitivas para el servicio civil y la simplificación de los procedimientos administrativos con el propósito de reducir las oportunidades de soborno (La Nación 2023). Estas reformas fueron concebidas como elementos complementarios de una política más amplia destinada a consolidar un Estado confiable, eficiente y previsible, capaz de generar legitimidad interna y credibilidad ante los inversores internacionales.

Desde una perspectiva institucional, la relevancia de estas medidas radicó en la transformación de los incentivos que regulaban el funcionamiento de la administración pública. En lugar de aceptar la corrupción como un fenómeno estructural propio de los países en desarrollo, el gobierno diseñó un sistema en el que la probabilidad de detección, investigación y sanción superaba ampliamente los beneficios potenciales derivados de las prácticas ilegales. De este modo, la transparencia dejó de concebirse exclusivamente como un principio ético para convertirse en un activo estratégico que fortalecía la capacidad estatal, mejoraba el clima de negocios y contribuía al desarrollo económico de largo plazo (Kissinger 2022; Lee Kuan Yew 2000).

2.3 Seguridad nacional y supervivencia del Estado

La consolidación de instituciones eficaces no podía limitarse al ámbito de la administración civil. Tras la independencia de 1965, Singapur enfrentaba un entorno geopolítico particularmente complejo, caracterizado por la reciente Konfrontasi con Indonesia, las tensiones derivadas de la separación de Malasia y el progresivo retiro de las fuerzas militares británicas estacionadas en la isla. En este contexto, la construcción de capacidades propias de defensa se transformó en una prioridad estratégica para garantizar la supervivencia del nuevo Estado (Lee Kuan Yew 2000).

Lee Kuan Yew reconocía que Singapur carecía prácticamente de tradición militar y que la organización de unas fuerzas armadas modernas debía realizarse desde sus cimientos. Tras no obtener la cooperación esperada de Egipto e India, el gobierno recurrió a la asistencia técnica de Israel, cuya experiencia resultaba especialmente valiosa debido a las similitudes estratégicas entre ambos países: escasa extensión territorial, ausencia de recursos naturales significativos y un entorno regional percibido como potencialmente hostil. Para evitar tensiones diplomáticas con los países musulmanes vecinos, los asesores israelíes fueron presentados oficialmente como técnicos procedentes de México, una decisión que refleja el pragmatismo característico de la política exterior singapurense (Lee Kuan Yew 2000).

El modelo de defensa adoptado combinó un ejército profesional de dimensiones reducidas con un amplio sistema de servicio militar obligatorio y reservas nacionales. Esta estructura no respondía únicamente a necesidades estrictamente militares. El servicio nacional también fue concebido como un instrumento de integración social destinado a fortalecer la cohesión entre ciudadanos pertenecientes a diferentes comunidades étnicas y religiosas. La convivencia bajo una disciplina común favorecía la construcción de vínculos personales y contribuía al desarrollo de una identidad nacional compartida, complementando las políticas educativas y habitacionales orientadas al mismo objetivo (Kissinger 2022).

La seguridad nacional poseía, además, una dimensión económica inseparable de la estrategia de desarrollo. Lee Kuan Yew comprendía que ninguna economía abierta podía atraer inversiones sostenidas sin ofrecer simultáneamente estabilidad política, seguridad jurídica y protección efectiva de los derechos de propiedad. En consecuencia, el fortalecimiento de las fuerzas armadas, la profesionalización de la policía y la preservación del orden público formaron parte de una misma política destinada a generar un entorno institucional confiable para el comercio y la inversión internacional.

Diversos estudios sobre la economía singapurense coinciden en destacar esta relación entre seguridad e inversión. Un análisis elaborado por el Centro Mises sostiene que uno de los principales factores que explican la llegada masiva de capital extranjero fue la consolidación de un sólido Estado de derecho, caracterizado por tribunales relativamente independientes, reglas

estables y una administración pública eficiente (Mises Institute 2022). Estas condiciones diferenciaban a Singapur de buena parte del sudeste asiático durante las décadas de 1960 y 1970, donde la inestabilidad política y la debilidad institucional incrementaban considerablemente el riesgo para las inversiones privadas. La combinación de seguridad jurídica, apertura económica e inversión sostenida en infraestructura permitió que la ciudad-Estado se integrara rápidamente al grupo de economías conocido como los «tigres asiáticos».

En perspectiva histórica, la experiencia singapurense demuestra que el Estado no fue concebido como un obstáculo para el funcionamiento del mercado, sino como el principal arquitecto de las condiciones institucionales que hacían posible su desarrollo. La profesionalización de la administración pública, la lucha sistemática contra la corrupción, la consolidación del Estado de derecho y el fortalecimiento de la seguridad nacional formaron parte de una estrategia coherente orientada a garantizar la supervivencia y la competitividad de un país que, en 1965, parecía reunir escasas condiciones para consolidarse como Estado independiente. Desde esta perspectiva, el denominado «milagro económico» singapurense solo puede comprenderse a partir del proceso previo de construcción deliberada de instituciones sólidas, capaces de generar confianza, coordinar políticas públicas y sostener una visión estratégica de largo plazo (Lee Kuan Yew 2000; Kissinger 2022).

III. La lucha contra la corrupción como política de Estado

3.1 Diagnóstico: la corrupción como obstáculo estructural para el desarrollo

La lucha contra la corrupción constituyó uno de los pilares sobre los que se edificó el proceso de construcción estatal impulsado por Lee Kuan Yew tras la independencia de Singapur. Lejos de concebirla como una política sectorial destinada exclusivamente a sancionar conductas ilícitas, el gobierno la integró en una estrategia más amplia orientada a fortalecer la capacidad del Estado, consolidar la confianza pública y crear las condiciones institucionales necesarias para el desarrollo económico. En la visión de Lee Kuan Yew (2000), ninguna política de industrialización, apertura comercial o atracción de inversiones podía sostenerse sobre una administración pública permeable al clientelismo, al favoritismo o al soborno. La integridad institucional debía preceder al crecimiento económico y constituir el fundamento sobre el cual se organizaría el conjunto del proyecto nacional.

Al alcanzar la independencia en 1965, Singapur heredó buena parte de las debilidades administrativas propias de numerosos territorios poscoloniales. Como importante puerto del Imperio británico en el sudeste asiático, la ciudad había desarrollado una intensa actividad

comercial acompañada por prácticas informales que incluían contrabando, pagos ilegales y utilización de influencias personales para facilitar trámites administrativos o acceder a contratos públicos. La fragilidad institucional del nuevo Estado, unida a los bajos salarios del servicio civil y a la amplia discrecionalidad de muchos funcionarios, favorecía la persistencia de estas prácticas y debilitaba la legitimidad de la administración pública (Lee Kuan Yew 2000).

Lee interpretó rápidamente que la corrupción trascendía el ámbito de la ética pública para convertirse en un problema estructural de gobernabilidad. Desde su perspectiva, el soborno erosionaba la autoridad del Estado, distorsionaba la asignación de recursos, incrementaba los costos de transacción y reducía la confianza tanto de la ciudadanía como de los inversores extranjeros. En un país carente de recursos naturales y con un mercado interno limitado, la principal ventaja competitiva debía construirse sobre la credibilidad de sus instituciones. En consecuencia, la transparencia administrativa dejó de ser un objetivo moral para transformarse en un recurso estratégico indispensable para garantizar la supervivencia y la competitividad del nuevo Estado (Lee Kuan Yew 2000).

Henry Kissinger (2022) coincide con esta interpretación al señalar que Lee Kuan Yew comprendió tempranamente que la calidad institucional constituía el prerequisite del desarrollo. A diferencia de otros dirigentes de la poscolonización que concentraron sus esfuerzos en programas de industrialización dirigidos por el Estado o en ambiciosos planes de modernización económica, el líder singapurense otorgó prioridad a la consolidación de instituciones eficaces, capaces de garantizar seguridad jurídica, previsibilidad y una administración profesional. En este sentido, la confianza pasó a desempeñar un papel equivalente al de un recurso económico: representaba un activo intangible que permitía atraer inversiones, reducir la incertidumbre y fortalecer la legitimidad del Estado.

Esta interpretación también encuentra respaldo en estudios periodísticos y académicos sobre la experiencia singapurense. Un análisis publicado por La Nación sostiene que el Singapur de comienzos de la década de 1960 presentaba elevados niveles de corrupción administrativa asociados a la expansión del contrabando, las economías ilegales y la debilidad de los mecanismos de control estatal (La Nación 2023). Frente a este escenario, el gobierno del Partido de Acción Popular concluyó que la modernización económica solo sería viable si iba acompañada por una profunda transformación institucional. La honestidad de los funcionarios no podía depender exclusivamente de convicciones personales; debía sustentarse en incentivos adecuados, organismos de control eficaces y una legislación capaz de asegurar que toda conducta ilícita fuese detectada y sancionada.

En consecuencia, la política anticorrupción quedó integrada desde sus inicios en un proyecto más amplio de fortalecimiento del Estado. La profesionalización del servicio civil, la simplificación administrativa, el fortalecimiento del Estado de derecho y la creación de mecanismos independientes de fiscalización respondían a una misma lógica: incrementar la capacidad estatal para formular e implementar políticas públicas con elevados niveles de eficacia y legitimidad. Desde esta perspectiva, el combate contra la corrupción no constituyó un objetivo aislado, sino una condición indispensable para el posterior éxito del modelo de desarrollo singapurense (Lee Kuan Yew 2000; Kissinger 2022).

3.2 Reforma institucional: independencia, control y capacidad investigativa

La eficacia de la política anticorrupción impulsada por Lee Kuan Yew no descansó exclusivamente en el endurecimiento de las sanciones penales, sino en la construcción deliberada de un entramado institucional capaz de prevenir, detectar, investigar y sancionar las prácticas corruptas con independencia de la jerarquía política de los involucrados. A diferencia de numerosos Estados poscoloniales, donde la legislación anticorrupción coexistía con organismos débiles o subordinados al poder ejecutivo, Singapur orientó sus esfuerzos hacia el fortalecimiento de instituciones especializadas dotadas de autonomía operativa, capacidad técnica y respaldo jurídico suficiente para actuar con eficacia. Como sostiene Lee Kuan Yew (2000), la lucha contra la corrupción debía institucionalizarse para dejar de depender de la voluntad circunstancial de los gobernantes y convertirse en un componente permanente del funcionamiento del Estado.

La pieza central de esta arquitectura institucional fue la Corrupt Practices Investigation Bureau (CPIB). Aunque el organismo había sido creado en 1952 durante la administración colonial británica, adquirió un papel decisivo a partir de la llegada al poder del Partido de Acción Popular en 1959 y, especialmente, tras la independencia de 1965. El gobierno amplió sus atribuciones, fortaleció su autonomía funcional y consolidó un marco legal que le permitió investigar denuncias de corrupción en todos los niveles de la administración pública e, incluso, en el sector privado cuando existía participación de funcionarios estatales. De acuerdo con la documentación oficial de la CPIB, su misión consistía en garantizar que ninguna persona, independientemente de su cargo o influencia política, quedara excluida del control de la ley (CPIB 2024).

El fortalecimiento de la CPIB respondió a una convicción reiteradamente expresada por Lee Kuan Yew: la corrupción debía ser combatida antes de consolidarse como una práctica estructural de la administración pública. En consecuencia, el organismo desarrolló una estrategia que combinaba funciones represivas con mecanismos preventivos de supervisión institucional. Además de investigar denuncias, realizaba análisis patrimoniales, verificaciones financieras y controles permanentes sobre áreas particularmente vulnerables al soborno. Su autonomía

operativa le permitía actuar respecto de funcionarios de cualquier nivel jerárquico, incluidos ministros, altos cargos administrativos y dirigentes del propio Partido de Acción Popular. Esta independencia constituyó uno de los elementos centrales para consolidar la legitimidad del sistema, al demostrar que la aplicación de la ley no estaba condicionada por consideraciones partidarias o personales (Lee Kuan Yew 2000).

El marco jurídico complementó este diseño institucional otorgando amplias facultades de investigación. La Prevention of Corruption Act autorizó a la CPIB a requerir información bancaria, examinar declaraciones patrimoniales, rastrear operaciones financieras e investigar el origen de los bienes de funcionarios públicos y personas vinculadas con ellos cuando existieran indicios razonables de enriquecimiento ilícito. Asimismo, la legislación contempló la confiscación de activos obtenidos mediante actos de corrupción y la imposición de sanciones especialmente severas cuando los delitos comprometían recursos destinados a áreas estratégicas como educación, salud o programas sociales (Government of Singapore 2020). Estas herramientas redujeron significativamente las posibilidades de ocultar beneficios derivados del ejercicio indebido de funciones públicas y fortalecieron el carácter disuasorio del sistema.

Uno de los aspectos más innovadores del modelo singapurense consistió en que el combate contra la corrupción comenzó por las propias autoridades gubernamentales. Lee Kuan Yew sostenía que ninguna política de integridad tendría credibilidad si quienes ejercían el poder permanecían al margen de los mecanismos de control que imponían al resto de la administración. Por ello, ministros, altos funcionarios e incluso familiares de miembros del gobierno quedaron sujetos a las mismas facultades investigativas de la CPIB que cualquier otro ciudadano. Como recuerda el propio Lee (2000), la legitimidad del Estado dependía de demostrar, mediante hechos y no únicamente mediante discursos, que nadie se encontraba por encima de la ley.

Henry Kissinger (2022) interpreta esta decisión como una de las expresiones más representativas del estilo de liderazgo de Lee Kuan Yew. A su juicio, el dirigente comprendía que la autoridad política no podía sostenerse exclusivamente sobre la eficacia administrativa, sino también sobre la legitimidad moral de quienes ejercían el poder. La disciplina exigida a la sociedad debía comenzar por la conducta de las máximas autoridades estatales. En consecuencia, la lucha contra la corrupción adquiría una dimensión que trascendía el plano jurídico para convertirse en un mecanismo de construcción de legitimidad institucional y de fortalecimiento de la confianza entre el Estado y la ciudadanía.

La actuación de la CPIB fue acompañada por procedimientos judiciales relativamente ágiles y por un sistema legal que limitó considerablemente las posibilidades de impunidad. La rapidez en la tramitación de las causas evitó que las investigaciones permanecieran durante años sin resolución,

circunstancia que suele debilitar la eficacia de las políticas anticorrupción en numerosos países. La elevada probabilidad de detección, sumada a la certeza de una sanción efectiva, incrementó significativamente el efecto disuasorio de la legislación y modificó los incentivos que tradicionalmente favorecían el soborno y el tráfico de influencias (La Nación 2023).

Sin embargo, atribuir el éxito del modelo singapurense exclusivamente al endurecimiento de las penas constituiría una interpretación reduccionista. Lee Kuan Yew insistía en que la corrupción no desaparecía únicamente mediante el castigo, sino transformando las condiciones institucionales que la hacían rentable. Por ello, las investigaciones y sanciones fueron acompañadas por un amplio proceso de profesionalización del servicio civil, mejoras salariales para los funcionarios, simplificación de los procedimientos administrativos y fortalecimiento de los mecanismos de rendición de cuentas. Desde esta perspectiva, la política anticorrupción formó parte de un proyecto mucho más amplio de construcción de capacidad estatal (state capacity), orientado a consolidar un Estado profesional, eficiente y confiable, capaz de formular políticas públicas de largo plazo y de generar la seguridad jurídica necesaria para el desarrollo económico (Lee Kuan Yew 2000; Kissinger 2022).

En perspectiva histórica, la experiencia singapurense demuestra que la integridad institucional no fue concebida como un objetivo accesorio del desarrollo, sino como uno de sus principales fundamentos. La creación de organismos independientes, el fortalecimiento del Estado de derecho y la consolidación de una administración pública basada en el mérito transformaron la lucha contra la corrupción en un elemento constitutivo del proceso de construcción estatal. Este conjunto de reformas explica, en buena medida, por qué Singapur logró combinar elevados niveles de eficacia administrativa, estabilidad institucional y crecimiento económico sostenido durante las últimas décadas del siglo XX.

3.3 Profesionalización del servicio civil: meritocracia, carrera administrativa y remuneraciones competitivas

La consolidación de un Estado íntegro no dependía únicamente de la existencia de organismos especializados en la investigación de la corrupción. Para Lee Kuan Yew, el combate contra las prácticas ilícitas debía complementarse con una profunda transformación de la administración pública, orientada a construir un servicio civil profesional, estable y altamente competente. Desde esta perspectiva, la integridad institucional no podía sostenerse únicamente mediante mecanismos de control y sanción; requería también atraer a los mejores recursos humanos, establecer reglas objetivas de promoción y crear incentivos que favorecieran el desempeño eficiente de la función pública (Lee Kuan Yew 2000).

Esta concepción implicaba romper con una práctica frecuente en numerosos Estados poscoloniales, donde la administración pública funcionaba como un instrumento de patronazgo político y distribución de favores partidarios. Lee rechazó explícitamente este modelo y sostuvo que el servicio civil debía organizarse sobre la base del mérito antes que de la afiliación política o las relaciones personales. En consecuencia, el acceso a los principales cargos administrativos comenzó a depender de concursos, evaluaciones de desempeño y procesos de selección competitivos destinados a identificar a los candidatos con mayores capacidades técnicas y profesionales. Como resultado, la burocracia estatal fue adquiriendo un perfil crecientemente especializado y relativamente aislado de las presiones partidarias (Kissinger 2022).

La meritocracia se convirtió así en uno de los principios organizadores del Estado singapurense. Sin embargo, este concepto trascendía la simple selección inicial de los funcionarios. También estructuraba el desarrollo de la carrera administrativa mediante sistemas permanentes de evaluación del desempeño, programas de capacitación continua y mecanismos de promoción vinculados a los resultados obtenidos en el ejercicio de las funciones públicas. De este modo, el ascenso dentro del servicio civil dejó de depender de la antigüedad o de vínculos personales para sustentarse en criterios objetivos de competencia profesional, liderazgo y capacidad de gestión (Public Service Division 2023).

El Banco Mundial sostiene que esta profesionalización administrativa desempeñó un papel decisivo en la consolidación de la capacidad estatal de Singapur. La existencia de un cuerpo burocrático altamente calificado permitió formular políticas públicas técnicamente consistentes, coordinar organismos gubernamentales y garantizar una implementación eficaz de los programas de desarrollo. En consecuencia, la administración pública dejó de limitarse a ejecutar decisiones políticas para convertirse en un actor estratégico del proceso de modernización económica (World Bank 2008).

Uno de los aspectos más debatidos de este modelo fue la política de remuneraciones del servicio civil. Lee Kuan Yew sostenía que el Estado no podía aspirar a reclutar y retener profesionales altamente cualificados si ofrecía salarios considerablemente inferiores a los disponibles en el sector privado. Según esta lógica, una administración responsable de gestionar inversiones millonarias, diseñar políticas económicas y administrar servicios esenciales debía competir por el talento con las principales empresas nacionales e internacionales. En consecuencia, el gobierno estableció remuneraciones competitivas para los altos funcionarios y directivos públicos, vinculándolas parcialmente a la evolución de los ingresos del sector privado y al desempeño económico del país (Lee Kuan Yew 2000).

Esta política generó críticas tanto dentro como fuera de Singapur debido al elevado nivel de los salarios percibidos por ministros y altos funcionarios. No obstante, Lee defendió reiteradamente esta decisión argumentando que el costo fiscal de remunerar adecuadamente a una administración profesional era considerablemente inferior a las pérdidas económicas derivadas de la corrupción, la ineficiencia burocrática o la adopción de decisiones deficientes. Desde su perspectiva, el salario constituía un instrumento de prevención institucional antes que un privilegio corporativo, ya que reducía los incentivos económicos para aceptar sobornos y fortalecía el compromiso de los funcionarios con el interés público (Lee Kuan Yew 2000).

Sin embargo, el propio gobierno reconocía que una política salarial competitiva, por sí sola, no garantizaba la integridad administrativa. Por esta razón, las remuneraciones elevadas fueron acompañadas por rigurosos mecanismos de control patrimonial, auditorías periódicas, estrictos códigos de conducta y un régimen sancionatorio particularmente severo para quienes incurrieran en actos de corrupción. La lógica del sistema descansaba en la combinación de incentivos positivos —carrera profesional, estabilidad y remuneraciones competitivas— con una elevada probabilidad de detección y castigo frente a cualquier conducta ilícita. Esta articulación entre prevención y sanción constituyó uno de los rasgos más característicos del modelo singapurense de administración pública (CPIB 2024).

Desde una perspectiva comparada, el servicio civil de Singapur pasó a ser considerado uno de los más profesionalizados y eficaces del mundo. Su estabilidad institucional, la elevada cualificación técnica de sus funcionarios y la continuidad de las políticas públicas facilitaron la implementación de estrategias de desarrollo sostenidas durante varias décadas, independientemente de las coyunturas económicas. Como observa Kissinger (2022), uno de los mayores logros de Lee Kuan Yew consistió en construir instituciones capaces de trascender a sus propios dirigentes, garantizando que la eficacia del Estado no dependiera exclusivamente del liderazgo personal del primer ministro, sino de una burocracia profesional comprometida con objetivos nacionales de largo plazo.

En perspectiva histórica, la profesionalización del servicio civil representó mucho más que una reforma administrativa. Constituyó uno de los principales mecanismos mediante los cuales Singapur incrementó su capacidad estatal (*state capacity*), fortaleció la confianza ciudadana en las instituciones y creó las condiciones necesarias para implementar políticas económicas complejas con elevados niveles de eficacia. La meritocracia, la carrera administrativa y las remuneraciones competitivas no fueron medidas aisladas, sino componentes de una estrategia integral orientada a consolidar un Estado competente, íntegro y capaz de conducir el proceso de modernización nacional. Este legado explica, en gran medida, por qué la administración pública singapurense

continúa siendo considerada un referente internacional en materia de gobernanza, calidad institucional y gestión del desarrollo (World Bank 2008; Kissinger 2022).

3.4 Simplificación burocrática: reducir oportunidades para la corrupción

El último componente de la política anticorrupción consistió en simplificar los procedimientos administrativos y disminuir la cantidad de trámites necesarios para desarrollar actividades económicas o acceder a servicios públicos. Lee comprendía que cuanto mayor era la complejidad burocrática, mayores eran también las oportunidades para exigir pagos ilegales a cambio de acelerar expedientes, otorgar permisos o facilitar autorizaciones administrativas.

En consecuencia, el gobierno emprendió un proceso sostenido de racionalización administrativa orientado a eliminar regulaciones innecesarias, reducir tiempos de respuesta y establecer procedimientos claros y transparentes. La simplificación burocrática perseguía simultáneamente dos objetivos. Por un lado, mejoraba la eficiencia del Estado al reducir costos administrativos y agilizar la prestación de servicios públicos. Por otro, disminuía significativamente los espacios donde podían surgir prácticas de corrupción asociadas a la discrecionalidad de los funcionarios.

Esta política adquirió especial importancia para el desarrollo económico de Singapur. Los inversionistas extranjeros encontraron un entorno regulatorio caracterizado por reglas previsibles, procedimientos rápidos y bajos niveles de corrupción administrativa. La facilidad para establecer empresas, obtener permisos y desarrollar actividades comerciales fortaleció la competitividad internacional del país y complementó otras políticas destinadas a atraer inversión extranjera directa.

En definitiva, la lucha contra la corrupción en Singapur no fue el resultado de una única medida aislada, sino de una estrategia multidimensional que articuló organismos de control independientes, legislación rigurosa, profesionalización del servicio civil y simplificación administrativa. La combinación de estos elementos permitió construir un Estado capaz de generar confianza tanto entre los ciudadanos como entre los actores económicos internacionales. Más que una política sectorial, la integridad pública se convirtió en uno de los fundamentos institucionales sobre los cuales descansó el proceso de modernización liderado por Lee Kuan Yew. Precisamente esa fortaleza institucional posibilitó que las políticas educativas, sociales y económicas desarrolladas en las décadas siguientes encontraran un aparato estatal con capacidad para ejecutarlas de manera eficaz y con elevados niveles de legitimidad.

IV. Capital humano: educación, vivienda y salud

4.1 Educación: la formación del capital humano como estrategia nacional

Uno de los rasgos más distintivos del proceso de modernización impulsado por Lee Kuan Yew fue concebir la educación no como una política social aislada, sino como el principal instrumento para construir la ventaja competitiva de Singapur. Tras la independencia de 1965, el nuevo Estado enfrentaba severas limitaciones estructurales: un territorio reducido, la ausencia de recursos naturales estratégicos, la escasez de agua potable y un mercado interno insuficiente para sostener un proceso de industrialización basado en la demanda doméstica. En este contexto, el principal activo del país residía en la formación de su población. Como afirma Lee Kuan Yew (2000), la mayor riqueza de Singapur no estaba constituida por el petróleo, los minerales o la tierra, sino por «la calidad de su gente». Esta convicción convirtió a la educación en uno de los pilares fundamentales del proyecto nacional de desarrollo.

La evolución del sistema educativo estuvo estrechamente vinculada a las distintas fases de transformación económica experimentadas por el país. El estudio del Banco Mundial (*Toward a Better Future: Education and Training for Economic Development in Singapore since 1965*) muestra que las reformas educativas fueron diseñadas para responder a las necesidades cambiantes del aparato productivo (World Bank 2008). Durante los primeros años posteriores a la independencia, el objetivo prioritario consistió en garantizar el acceso universal a la educación básica en una sociedad caracterizada por elevados índices de analfabetismo y profundas divisiones lingüísticas y étnicas. Posteriormente, a medida que la economía avanzó desde una estructura manufacturera intensiva en mano de obra hacia actividades de mayor complejidad tecnológica, el sistema educativo fue adaptándose para suministrar trabajadores con mayores niveles de cualificación.

Esta estrecha articulación entre política educativa y planificación económica constituye una de las principales particularidades del modelo singapurense. A diferencia de numerosos países donde la educación fue concebida primordialmente como un instrumento de socialización cultural o de construcción ideológica, en Singapur predominó una visión estratégica orientada al desarrollo económico. El Estado procuró anticipar las necesidades futuras del mercado laboral y adecuar progresivamente los contenidos curriculares, la formación técnica y la educación superior a las demandas de una economía en permanente transformación. Como consecuencia, se redujo el desajuste entre la formación de los trabajadores y los requerimientos reales de los sectores productivos, favoreciendo incrementos sostenidos de productividad y competitividad internacional (World Bank 2008).

Uno de los componentes más innovadores de esta política fue la implantación del bilingüismo obligatorio. El inglés fue adoptado como lengua de trabajo, de la administración pública, de la educación superior y de los negocios internacionales, mientras que cada estudiante debía aprender también la lengua correspondiente a su comunidad de origen —mandarín, malayo o tamil—. Esta decisión perseguía simultáneamente objetivos económicos, sociales y políticos. El dominio del inglés facilitaba la inserción de Singapur en la economía global y fortalecía su capacidad para atraer inversión extranjera y tecnología internacional. Paralelamente, la preservación de las lenguas maternas contribuía a mantener las tradiciones culturales de las distintas comunidades, evitando que el proceso de modernización derivara en una política de asimilación cultural. La política lingüística se transformó, así, en un mecanismo de integración nacional basado en el equilibrio entre unidad política y diversidad cultural.

La formación técnica y profesional constituyó otro de los pilares de esta estrategia. Desde las primeras etapas del desarrollo industrial, el gobierno impulsó la creación de institutos tecnológicos, centros de formación profesional y establecimientos politécnicos destinados a proporcionar mano de obra altamente calificada para los sectores industriales emergentes. Según el Banco Mundial (2008), estos programas fueron diseñados en estrecha colaboración con empresas nacionales y multinacionales, garantizando que los planes de estudio respondieran a las competencias efectivamente demandadas por el mercado laboral. Esta coordinación permanente entre Estado, sistema educativo y sector empresarial permitió reducir los costos de adaptación tecnológica y facilitó la rápida incorporación de innovaciones productivas.

En este contexto, la educación técnica dejó de ser considerada una alternativa de menor prestigio frente a la formación universitaria. Por el contrario, pasó a desempeñar un papel central dentro de la estrategia nacional de desarrollo, al proporcionar los recursos humanos necesarios para sostener la industrialización y, posteriormente, la transición hacia una economía basada en el conocimiento. Esta valoración social de la formación técnica constituyó una diferencia significativa respecto de otros países donde este tipo de educación continuó ocupando una posición secundaria dentro del sistema educativo.

La expansión y fortalecimiento de las universidades completó esta política de desarrollo del capital humano. Instituciones como la National University of Singapore y la Nanyang Technological University incrementaron progresivamente su capacidad para desarrollar investigación científica, innovación tecnológica y formación de profesionales altamente especializados. El objetivo no consistía únicamente en aumentar el número de graduados

universitarios, sino en consolidar capacidades nacionales de investigación y desarrollo que permitieran competir en sectores intensivos en conocimiento y tecnología avanzada.

Henry Kissinger (2022) interpreta esta política educativa como una de las manifestaciones más claras del pensamiento estratégico de Lee Kuan Yew. A su juicio, el dirigente singapurense comprendió que la supervivencia de un pequeño Estado sin recursos naturales dependía menos de la disponibilidad de riqueza material que de la capacidad intelectual de su población. Desde esta perspectiva, la inversión en educación debía entenderse simultáneamente como una política de desarrollo económico, una estrategia de seguridad nacional y un mecanismo para fortalecer la autonomía internacional del país.

En consecuencia, la educación dejó de concebirse como un gasto público destinado exclusivamente a mejorar el bienestar social para transformarse en una inversión estratégica de largo plazo. La estrecha coordinación entre planificación estatal, formación técnica, investigación universitaria y apertura económica permitió convertir al sistema educativo en uno de los principales motores del extraordinario proceso de modernización experimentado por Singapur durante la segunda mitad del siglo XX. Más allá de los logros alcanzados en términos de cobertura o calidad educativa, el caso singapurense demuestra que el desarrollo del capital humano constituyó un componente esencial de una estrategia nacional orientada a garantizar la supervivencia, la competitividad y la inserción internacional del Estado.

V. Construcción de una identidad nacional

La consolidación de Singapur como Estado soberano tras su independencia en 1965 no dependía únicamente de la estabilización económica ni de la creación de instituciones administrativas eficientes. El desafío más profundo consistía en construir una nación donde, en sentido estricto, aún no existía una identidad nacional compartida. A diferencia de otros Estados que podían apoyarse en una larga tradición histórica, una cultura relativamente homogénea o una memoria política común, Singapur reunía una población compuesta por comunidades de origen chino, malayo, indio y euroasiático que conservaban lenguas, religiones, costumbres y lealtades diferenciadas. La independencia representó, por tanto, no solo el nacimiento de un nuevo Estado, sino también el inicio de un deliberado proceso de construcción nacional orientado a transformar esa diversidad en una comunidad política cohesionada.

En sus memorias, Lee Kuan Yew sostiene que la viabilidad del nuevo país dependía de evitar que las diferencias étnicas heredadas del período colonial se convirtieran en factores permanentes de fragmentación política (Lee Kuan Yew 2000). La supervivencia del Estado exigía generar un

sentimiento de pertenencia que trascendiera las identidades comunitarias sin pretender eliminarlas. En este sentido, la construcción nacional no fue concebida como un proceso espontáneo derivado del simple transcurso del tiempo, sino como el resultado de una estrategia política cuidadosamente planificada.

Henry Kissinger (2022) considera que esta fue probablemente la contribución más trascendente del liderazgo de Lee Kuan Yew. Mientras numerosos dirigentes surgidos de la descolonización procuraban revitalizar identidades nacionales preexistentes, el dirigente singapurense debió construir una nación prácticamente desde sus cimientos. El nuevo país carecía de una historia política independiente y sus habitantes mantenían vínculos culturales mucho más sólidos con sus respectivas comunidades de origen que con el propio Estado. En consecuencia, la consolidación de una identidad cívica compartida se convirtió en una condición indispensable para garantizar tanto la estabilidad interna como la continuidad del proyecto nacional.

5.1 Nación multirracial: la ciudadanía por encima de la etnicidad

Desde los primeros años posteriores a la independencia, Lee Kuan Yew rechazó la posibilidad de organizar el Estado sobre la base del predominio político de la mayoría china. Aunque aproximadamente tres cuartas partes de la población pertenecían a ese grupo étnico, convertir a Singapur en un Estado nacional chino habría significado marginar a las comunidades malaya e india y reproducir las tensiones interétnicas que habían contribuido a la separación de Malasia. Frente a este escenario, el gobierno adoptó una concepción de ciudadanía sustentada en la igualdad jurídica de todos los habitantes, independientemente de su origen étnico, lengua o religión.

Esta decisión no implicaba desconocer las diferencias culturales existentes, sino impedir que dichas diferencias condicionaran el acceso a los derechos, a las oportunidades educativas o a los cargos públicos. La nacionalidad singapurense debía edificarse sobre instituciones comunes y valores compartidos antes que sobre criterios étnicos. Como señala Lee Kuan Yew (2000), la supervivencia del nuevo Estado requería que todos sus ciudadanos se reconocieran como miembros de un mismo proyecto político, aun cuando conservaran identidades culturales diferenciadas.

Esta concepción representó una ruptura significativa respecto de numerosos procesos de construcción estatal desarrollados durante la descolonización asiática y africana. En muchos de ellos, el Estado terminó identificándose con el grupo étnico mayoritario, favoreciendo la aparición de conflictos internos, políticas discriminatorias o movimientos separatistas. Singapur siguió un camino diferente: consolidó un nacionalismo de carácter cívico en el que las diversas

comunidades mantuvieron sus particularidades culturales mientras compartían un mismo marco institucional.

Kissinger (2022) interpreta esta decisión como una muestra del profundo pragmatismo político de Lee Kuan Yew. Más allá de cualquier consideración normativa, el dirigente comprendía que un país pequeño, carente de profundidad estratégica y rodeado por vecinos potencialmente hostiles no podía permitirse conflictos étnicos internos. La cohesión nacional dejó de ser únicamente un ideal político para convertirse en un requisito indispensable de la seguridad del Estado.

Esta lógica también orientó la organización de la administración pública. La implantación de un sistema meritocrático redujo considerablemente la influencia de criterios étnicos en el acceso al servicio civil y fortaleció la percepción de imparcialidad institucional. Los nombramientos comenzaron a depender de la capacidad profesional, el desempeño y la integridad personal, antes que de la pertenencia comunitaria. De esta manera, la meritocracia cumplió una doble función: incrementó la eficiencia administrativa y contribuyó a consolidar la confianza de todos los grupos sociales en las instituciones estatales.

5.2 Política lingüística: integración sin asimilación

Uno de los instrumentos más eficaces para materializar este proyecto nacional fue la política lingüística. La coexistencia de numerosas lenguas constituía uno de los principales desafíos para la integración del país. La imposición del mandarín, del malayo o del tamil como idioma oficial exclusivo habría sido interpretada como el predominio político de una comunidad sobre las demás y habría profundizado las divisiones existentes.

Consciente de esta realidad, Lee Kuan Yew impulsó la adopción del inglés como lengua común del Estado, de la administración pública, del sistema educativo y de los negocios internacionales. La elección respondía tanto a criterios políticos como económicos. Desde el punto de vista institucional, el inglés funcionaba como un idioma relativamente neutral al no pertenecer de manera exclusiva a ninguno de los principales grupos étnicos del país. Desde una perspectiva económica, facilitaba la inserción de Singapur en los mercados internacionales, favorecía la transferencia tecnológica y aumentaba el atractivo del país para la inversión extranjera.

Sin embargo, la adopción del inglés nunca implicó el abandono de las lenguas tradicionales. El sistema educativo estableció el bilingüismo obligatorio, de manera que cada estudiante debía aprender tanto el inglés como la lengua correspondiente a su comunidad de origen. Esta política procuraba compatibilizar dos objetivos complementarios: fortalecer la integración nacional y preservar el patrimonio cultural de cada grupo étnico.

El Banco Mundial destaca que esta combinación contribuyó significativamente tanto al desempeño educativo como al desarrollo económico del país (World Bank 2008). El dominio del inglés facilitó el acceso al conocimiento científico internacional, la incorporación de nuevas tecnologías y la participación en cadenas globales de producción, mientras que el mantenimiento de las lenguas maternas fortaleció la continuidad cultural y redujo el riesgo de conflictos derivados de procesos de asimilación forzada.

Desde la perspectiva de Lee Kuan Yew (2000), la identidad nacional no debía construirse suprimiendo las diferencias culturales, sino integrándolas dentro de un proyecto político compartido. La política lingüística sintetizó con claridad esta concepción: una ciudadanía común sustentada en la igualdad institucional, compatible con la preservación de la diversidad cultural.

5.3 Cohesión social: vivienda, servicio militar e integración

La consolidación de una identidad nacional no podía depender exclusivamente de principios constitucionales o de políticas educativas. También requería generar experiencias compartidas que fortalecieran la confianza mutua entre ciudadanos pertenecientes a diferentes comunidades. Por esta razón, el gobierno incorporó diversos instrumentos destinados a favorecer la convivencia cotidiana y el desarrollo de vínculos sociales duraderos.

La política de vivienda pública implementada por la Housing and Development Board constituyó uno de los mecanismos más importantes para alcanzar este objetivo. Como se analizó en el capítulo anterior, los complejos habitacionales fueron planificados deliberadamente para albergar familias chinas, malayas e indias dentro de un mismo espacio residencial. Esta distribución evitó la consolidación de barrios étnicamente homogéneos y promovió el contacto cotidiano entre ciudadanos de distintos orígenes, favoreciendo la construcción gradual de relaciones de confianza.

A esta estrategia se sumó la implantación del servicio militar obligatorio para los varones. Más allá de sus objetivos estrictamente defensivos, el gobierno concibió las Fuerzas Armadas como un espacio de integración nacional donde jóvenes pertenecientes a diferentes comunidades convivían bajo una disciplina común, desarrollaban experiencias compartidas y fortalecían su identificación con el Estado. Desde la perspectiva de Lee Kuan Yew (2000), la defensa nacional y la construcción de ciudadanía constituían dimensiones inseparables de un mismo proyecto político.

Kissinger (2022) considera que la combinación de estas políticas explica, en gran medida, el éxito del proceso de construcción nacional singapurense. La cohesión social no surgió de manera espontánea ni fue el resultado exclusivo del crecimiento económico. Se apoyó en instituciones

diseñadas para transformar progresivamente una sociedad profundamente fragmentada en una comunidad política relativamente integrada.

Como consecuencia, la identidad nacional terminó definiéndose menos por criterios étnicos que por un conjunto de valores compartidos: disciplina, mérito, integridad institucional, responsabilidad cívica, estabilidad política y compromiso con el desarrollo económico. Este patriotismo de naturaleza esencialmente cívica permitió consolidar un Estado cuya legitimidad descansaba más en el desempeño de sus instituciones que en la homogeneidad cultural de su población.

En perspectiva histórica, la construcción de una identidad nacional constituyó el complemento indispensable de las reformas institucionales, educativas y económicas impulsadas desde 1965. Sin un elevado grado de cohesión social habría resultado difícil sostener la estabilidad política requerida para atraer inversiones, ejecutar políticas públicas de largo plazo y consolidar una administración eficaz. La experiencia singapurense demuestra, así, que la construcción nacional no fue un proceso paralelo al desarrollo económico, sino uno de sus principales fundamentos institucionales. Desde esta perspectiva, el legado de Lee Kuan Yew trasciende la modernización material del país y alcanza la creación de una identidad política capaz de integrar una sociedad profundamente diversa sin renunciar al pluralismo cultural.

VI. El modelo económico singapurense

La transformación económica de Singapur constituye uno de los procesos de desarrollo más estudiados por la historia económica contemporánea. En apenas cuatro décadas, un pequeño territorio sin recursos naturales, con escasa disponibilidad de agua potable, un mercado interno reducido y una población heterogénea logró convertirse en una de las economías más competitivas y prósperas del mundo. Esta evolución desafió numerosos supuestos dominantes durante la segunda mitad del siglo XX acerca de los factores necesarios para alcanzar el desarrollo. Mientras diversas teorías estructuralistas atribuían el atraso económico principalmente a la dependencia internacional o a la escasez de recursos materiales, la experiencia singapurense mostró que la calidad institucional, la estabilidad política y la inversión sostenida en capital humano podían modificar sustancialmente las posibilidades de crecimiento de un país.

Sin embargo, interpretar el denominado "milagro económico" singapurense exclusivamente como el resultado del libre mercado o, en el extremo opuesto, como una consecuencia de una planificación estatal centralizada constituye una simplificación que no refleja adecuadamente la complejidad del proceso histórico. El modelo impulsado por Lee Kuan Yew combinó un Estado

extraordinariamente fuerte y técnicamente competente con una decidida apertura a los mercados internacionales, la inversión extranjera y la competencia económica. Esta síntesis entre capacidad estatal y mecanismos de mercado explica gran parte de su singularidad.

6.1 Economía abierta: el comercio internacional como estrategia de supervivencia

Desde el momento mismo de la independencia, Lee Kuan Yew comprendió que el reducido tamaño territorial de Singapur impedía sostener una estrategia de industrialización basada exclusivamente en el mercado interno. A diferencia de países con grandes poblaciones o abundantes recursos naturales, la ciudad-Estado dependía casi por completo del comercio exterior para garantizar su crecimiento económico. Esta realidad geográfica llevó al gobierno a adoptar una política deliberadamente orientada hacia la economía internacional.

En sus memorias, Lee recuerda que uno de los principales desafíos de los primeros años consistía en crear empleo para una población creciente en un contexto de incertidumbre política, retiro de las fuerzas británicas y tensiones regionales. La solución no podía consistir en proteger un mercado nacional demasiado pequeño, sino en insertar competitivamente a Singapur dentro de las redes comerciales mundiales. El puerto, que históricamente había sido uno de los principales centros de intercambio del sudeste asiático, debía convertirse nuevamente en el eje articulador del desarrollo económico.

Esta estrategia implicó mantener bajos aranceles, facilitar el comercio exterior y eliminar numerosas restricciones administrativas que dificultaban la actividad empresarial. Lejos de adoptar políticas de sustitución de importaciones predominantes en buena parte del mundo en desarrollo durante las décadas de 1960 y 1970, Singapur apostó por una economía abierta, orientada hacia las exportaciones manufactureras y posteriormente hacia servicios financieros, tecnológicos y logísticos de alta complejidad.

Los análisis del Centro Mises y del Cato Institute coinciden en destacar que esta apertura comercial constituyó uno de los principales factores explicativos del rápido crecimiento económico. La especialización productiva permitió aprovechar las ventajas comparativas del país, mientras que la integración en los mercados internacionales facilitó la incorporación de nuevas tecnologías, capitales y conocimientos gerenciales. En consecuencia, la economía singapurense dejó de depender exclusivamente de las condiciones internas para insertarse dentro de cadenas globales de producción.

La apertura comercial también favoreció una intensa competencia entre empresas nacionales y extranjeras. Lejos de proteger industrias ineficientes mediante elevados niveles de intervención estatal, el gobierno promovió un entorno donde la productividad y la innovación constituían las

principales condiciones para permanecer en el mercado. Esta presión competitiva impulsó una permanente modernización tecnológica y una mejora continua de la calidad de los bienes y servicios producidos en el país.

6.2 Atracción de inversión extranjera: seguridad jurídica, infraestructura y estabilidad

La apertura económica habría resultado insuficiente sin una política igualmente decidida de atracción de inversiones extranjeras. Lee Kuan Yew comprendía que Singapur carecía del capital necesario para financiar por sí mismo un acelerado proceso de industrialización. En consecuencia, el gobierno procuró crear un entorno institucional capaz de atraer empresas multinacionales interesadas en establecer operaciones productivas en la región.

La principal ventaja ofrecida por Singapur no consistía en bajos salarios, sino en la confiabilidad de sus instituciones. La estabilidad política, la seguridad jurídica, la eficiencia administrativa y los bajos niveles de corrupción redujeron considerablemente los riesgos asociados a la inversión. Las empresas podían operar dentro de un marco normativo previsible, con reglas relativamente estables y una administración pública caracterizada por elevados estándares profesionales.

En este punto resulta evidente la estrecha relación entre las reformas institucionales analizadas en capítulos anteriores y el desempeño económico posterior. La lucha contra la corrupción, la profesionalización del servicio civil y la simplificación burocrática no respondían únicamente a objetivos éticos o administrativos; constituían instrumentos destinados a incrementar la confianza de los inversores nacionales e internacionales. Como ha señalado Henry Kissinger, Lee entendía que el recurso estratégico más importante de Singapur era precisamente su reputación como un Estado eficiente y confiable.

El desarrollo de infraestructura moderna complementó esta política institucional. El gobierno invirtió sistemáticamente en la ampliación del puerto de Singapur, el aeropuerto internacional, redes viales, telecomunicaciones y parques industriales. Estas inversiones facilitaron el establecimiento de empresas exportadoras y redujeron significativamente los costos logísticos asociados al comercio internacional.

La combinación de infraestructura de alta calidad, estabilidad política y administración eficiente convirtió a Singapur en uno de los destinos más atractivos para la inversión extranjera directa en Asia. Numerosas empresas multinacionales instalaron plantas industriales, centros financieros y posteriormente centros de investigación y desarrollo, contribuyendo tanto al crecimiento económico como a la transferencia tecnológica y a la formación de recursos humanos altamente especializados.

6.3 Industrialización: de la manufactura intensiva al conocimiento

El proceso de industrialización singapurense se caracterizó por una notable capacidad de adaptación a los cambios de la economía mundial. Durante las primeras décadas posteriores a la independencia, el gobierno promovió industrias manufactureras intensivas en mano de obra destinadas principalmente a la exportación. Este enfoque permitió absorber rápidamente el desempleo existente y generar divisas mediante la producción de bienes competitivos en los mercados internacionales.

Sin embargo, Lee Kuan Yew comprendió que esta estrategia no podía sostener indefinidamente el crecimiento económico. A medida que otros países ofrecían costos laborales más bajos, Singapur debía avanzar hacia actividades de mayor valor agregado. Por ello, el Estado impulsó progresivamente una transformación productiva basada en la incorporación de tecnología, innovación e investigación científica.

El sistema educativo desempeñó un papel decisivo en esta transición. Como señala el Banco Mundial, la expansión de la educación técnica, los institutos politécnicos y las universidades permitió formar profesionales capaces de responder a las nuevas demandas de sectores industriales más sofisticados. La política educativa se encontraba estrechamente coordinada con la planificación económica, de manera que la formación del capital humano acompañaba permanentemente la evolución del aparato productivo.

El puerto de Singapur también evolucionó paralelamente a esta transformación industrial. De simple punto de tránsito comercial pasó a convertirse en uno de los principales centros logísticos del mundo, articulando complejas cadenas globales de suministro. La eficiencia portuaria, complementada por un moderno sistema financiero y de transporte, fortaleció aún más la posición internacional de la ciudad-Estado.

En consecuencia, la industrialización singapurense no representó un proceso estático, sino una permanente adaptación a los cambios tecnológicos y comerciales internacionales. La capacidad para anticipar nuevas oportunidades económicas permitió evitar el estancamiento observado en otras economías exportadoras y consolidó un crecimiento sostenido durante varias décadas.

6.4 Estado y mercado: una síntesis institucional

Quizás uno de los aspectos más interesantes del caso singapurense radica en que desafía las tradicionales dicotomías entre Estado y mercado presentes en gran parte del debate económico contemporáneo. Con frecuencia, el éxito de Singapur ha sido presentado como una demostración del libre mercado. Sin embargo, esta interpretación resulta incompleta si se considera el protagonismo desempeñado por el Estado en la planificación estratégica del desarrollo.

El gobierno de Lee Kuan Yew nunca promovió un Estado mínimo. Por el contrario, construyó una administración pública altamente profesionalizada, con gran capacidad técnica para diseñar políticas económicas, coordinar inversiones, desarrollar infraestructura, planificar la educación y garantizar la estabilidad institucional. El Estado intervino activamente allí donde consideraba que podía fortalecer la competitividad nacional, aunque procurando evitar la captura política de la economía o la sustitución permanente de los mecanismos de mercado.

En este sentido, el análisis del Centro Mises resulta particularmente esclarecedor. Si bien destaca la importancia de la libertad económica, la protección de los derechos de propiedad, la estabilidad monetaria y la apertura al comercio internacional, reconoce igualmente que estos elementos solo pudieron desarrollarse gracias a un Estado capaz de hacer cumplir las reglas, combatir la corrupción y garantizar la seguridad jurídica. No se trató de la ausencia del Estado, sino de un Estado fuerte limitado por instituciones relativamente eficientes y orientado hacia objetivos estratégicos de largo plazo.

Esta combinación permitió evitar tanto las ineficiencias asociadas a economías excesivamente planificadas como los problemas derivados de Estados débiles incapaces de garantizar el funcionamiento de los mercados. En lugar de sustituir la iniciativa privada, el gobierno procuró crear las condiciones institucionales necesarias para que el mercado pudiera operar de manera eficiente.

Henry Kissinger interpreta esta síntesis como una expresión del pragmatismo político de Lee Kuan Yew. Su liderazgo nunca estuvo guiado por una adhesión rígida a doctrinas económicas determinadas, sino por una constante evaluación de aquellas políticas que resultaban más eficaces para garantizar la supervivencia y el desarrollo de Singapur. En consecuencia, el éxito económico no derivó de la aplicación mecánica de un modelo ideológico, sino de la capacidad para adaptar las instituciones a las necesidades específicas del país.

En perspectiva histórica, el modelo económico singapurense demuestra que el desarrollo depende menos de la oposición entre Estado y mercado que de la calidad de las instituciones que articulan ambas dimensiones. La apertura económica, la inversión extranjera, la industrialización y la competencia internacional fueron posibles porque existía un aparato estatal capaz de garantizar estabilidad, previsibilidad y confianza. Esta interacción entre capacidad estatal y dinamismo económico constituye, probablemente, uno de los legados más perdurables de Lee Kuan Yew y uno de los principales aportes del caso singapurense al estudio comparado del desarrollo económico.

VII. La supervivencia como principio rector del Estado: una lectura crítica de *The Singapore Story*

Más allá de describir las políticas implementadas durante su gobierno, *The Singapore Story* permite comprender el principio que articuló todo el proyecto político de Lee Kuan Yew. A lo largo de sus memorias, el autor sostiene que el problema fundamental de Singapur nunca fue simplemente el crecimiento económico, sino la supervivencia misma del Estado. La independencia de 1965 no fue presentada como la culminación de una lucha nacionalista, sino como una circunstancia inesperada que colocó a un pequeño territorio, carente de recursos naturales, sin ejército propio y con profundas divisiones étnicas, frente al desafío de garantizar su existencia como nación soberana. Desde esta perspectiva, el desarrollo económico aparece subordinado a un objetivo político más amplio: asegurar la permanencia del Estado en un entorno regional caracterizado por la incertidumbre y la competencia geopolítica.

Esta idea constituye probablemente la tesis central de las memorias de Lee Kuan Yew. El autor insiste en que las generaciones posteriores podrían interpretar el éxito de Singapur como un proceso natural o inevitable, cuando en realidad fue el resultado de decisiones políticas deliberadas, muchas de ellas adoptadas en circunstancias extremadamente adversas. En consecuencia, la estabilidad institucional, la lucha contra la corrupción, la apertura económica, la inversión en educación y la construcción de una identidad nacional no fueron políticas independientes, sino respuestas complementarias a un mismo problema estratégico: evitar el fracaso del nuevo Estado.

Desde esta lógica también puede comprenderse el pragmatismo que caracterizó el liderazgo de Lee Kuan Yew. A diferencia de numerosos dirigentes de la poscolonización asiática y africana, no organizó su acción de gobierno alrededor de una doctrina ideológica rígida. Sus memorias muestran que estaba dispuesto a modificar políticas, establecer alianzas o reformar instituciones siempre que ello contribuyera a fortalecer la supervivencia y la competitividad de Singapur. El criterio decisivo no era la fidelidad a un modelo económico determinado, sino la eficacia de las medidas adoptadas para producir resultados concretos. Esta concepción explica por qué el Estado singapurense combinó una economía ampliamente abierta al comercio internacional con una intensa intervención pública en áreas como la educación, la vivienda, la salud, la planificación urbana y la formación del servicio civil.

La obra también permite comprender que el liderazgo de Lee trascendió la simple administración gubernamental. Su objetivo consistía en construir simultáneamente un Estado, una economía y una nación. La creación de instituciones eficaces, el fortalecimiento del Estado de derecho, la

profesionalización de la administración pública y la promoción de una identidad cívica multirracial respondían a una estrategia de largo plazo destinada a garantizar la cohesión social y la legitimidad del nuevo país. En este sentido, las memorias muestran que el desarrollo económico no fue concebido como un fin en sí mismo, sino como la consecuencia de una arquitectura institucional cuidadosamente diseñada.

Lee Kuan Yew presenta sus decisiones como respuestas racionales e indispensables frente a circunstancias excepcionales, enfatizando los logros alcanzados y justificando muchas de las medidas adoptadas durante su gobierno. En consecuencia, el libro constituye una fuente primaria de enorme valor para comprender la visión estratégica del dirigente, aunque resulta necesario contrastarla con otros estudios historiográficos que analicen las limitaciones y controversias del modelo singapurense.

Entre esos aspectos objeto de debate destaca la tensión existente entre eficacia gubernamental y pluralismo político. Diversos autores han señalado que el extraordinario desempeño económico de Singapur coexistió con importantes restricciones a la competencia política, severos controles sobre los medios de comunicación y un predominio casi ininterrumpido del Partido de Acción Popular durante varias décadas. Esta realidad plantea una cuestión central para la ciencia política contemporánea: hasta qué punto los elevados niveles de desarrollo económico y capacidad estatal pueden considerarse compatibles con modelos de democracia de baja competencia electoral. Lejos de ofrecer una respuesta definitiva, la experiencia de Singapur invita a reflexionar sobre la compleja relación entre desarrollo, legitimidad institucional y libertades políticas.

Desde esta perspectiva, el principal aporte de *The Singapore Story* no reside únicamente en reconstruir la historia de la modernización singapurense, sino en ofrecer una interpretación coherente acerca de las condiciones necesarias para la construcción de un Estado eficaz. La obra sostiene que la supervivencia nacional depende de la existencia de instituciones sólidas, liderazgo estratégico, integridad administrativa y una ciudadanía cohesionada. Aunque algunos de estos postulados continúan siendo objeto de discusión, el caso de Singapur constituye una de las experiencias más relevantes para el estudio comparado del desarrollo estatal durante la segunda mitad del siglo XX.

Conclusión

La transformación de Singapur entre 1965 y 2000 constituye uno de los procesos de construcción estatal y desarrollo económico más significativos de la historia contemporánea. El análisis realizado a lo largo de este ensayo demuestra que el denominado "milagro singapurense" no

puede explicarse mediante un único factor ni atribuirse exclusivamente al crecimiento económico, la apertura comercial o el liderazgo personal de Lee Kuan Yew. Por el contrario, fue el resultado de una estrategia integral que articuló reformas institucionales, políticas de formación de capital humano, construcción de una identidad nacional compartida y una inserción internacional cuidadosamente planificada. Estos elementos actuaron de manera complementaria, permitiendo que un pequeño Estado carente de recursos naturales superara las limitaciones estructurales que parecían condenarlo a la dependencia y la vulnerabilidad.

El recorrido histórico evidencia que la prioridad inicial del gobierno no consistía simplemente en promover el crecimiento económico, sino en garantizar la supervivencia de un Estado recientemente independizado, marcado por profundas divisiones étnicas, incertidumbre geopolítica y escasos recursos materiales. Desde esta perspectiva, la lucha contra la corrupción, la profesionalización del servicio civil, la simplificación administrativa, la inversión en educación, vivienda y salud, así como la construcción de una ciudadanía multirracial, respondieron a una misma lógica estratégica: fortalecer la capacidad del Estado para generar estabilidad, confianza y cohesión social. La eficacia de las instituciones se convirtió, de este modo, en el principal activo de Singapur y en el fundamento sobre el cual fue posible desarrollar una economía abierta, competitiva e integrada a los mercados internacionales.

Asimismo, el estudio permite concluir que el liderazgo de Lee Kuan Yew se caracterizó por un profundo pragmatismo político. Lejos de adherir de manera rígida a doctrinas ideológicas, su acción de gobierno estuvo guiada por la búsqueda de soluciones eficaces para los problemas concretos que enfrentaba el país. La combinación de un Estado fuerte, profesional y planificador con una economía abierta a la inversión extranjera, al comercio internacional y a la competencia desafía las tradicionales dicotomías entre intervencionismo estatal y libre mercado. El caso singapurense demuestra que ambas dimensiones pueden articularse cuando existen instituciones capaces de garantizar estabilidad jurídica, previsibilidad y una administración pública eficiente.

Al mismo tiempo, el análisis de *The Singapore Story* permitió comprender que las memorias de Lee Kuan Yew no constituyen únicamente un relato autobiográfico, sino una interpretación sobre las condiciones que hicieron posible la supervivencia y el desarrollo del Estado. La obra sostiene que el éxito de Singapur fue el resultado de decisiones políticas deliberadas y de una visión estratégica de largo plazo, donde cada reforma fue concebida como parte de un proyecto nacional orientado a asegurar la viabilidad del país. Sin embargo, precisamente por tratarse de una fuente autobiográfica, resulta necesario leerla de manera crítica y contrastarla con otras interpretaciones historiográficas que examinen las tensiones y limitaciones del modelo. Entre ellas sobresale el debate acerca de la relación entre eficacia gubernamental y pluralismo político, ya que el

extraordinario desempeño económico coexistió con restricciones a la competencia política y una prolongada hegemonía del Partido de Acción Popular.

En consecuencia, el caso de Singapur trasciende su contexto histórico particular y ofrece valiosas enseñanzas para el estudio comparado del desarrollo. Su experiencia demuestra que el crecimiento económico sostenible depende tanto de la calidad institucional como de la capacidad del Estado para formular políticas de largo plazo, combatir la corrupción, invertir en capital humano y construir una identidad cívica capaz de integrar sociedades culturalmente diversas. Asimismo, pone de manifiesto que la ausencia de recursos naturales no constituye un obstáculo insuperable cuando existen instituciones eficaces, liderazgo estratégico y una visión compartida de futuro.

Finalmente, este estudio permite sostener que el legado de Lee Kuan Yew continúa siendo objeto de debate precisamente porque desafía numerosas categorías tradicionales de la ciencia política y la economía. Su experiencia obliga a reconsiderar la relación entre Estado y mercado, entre liderazgo y democracia, y entre desarrollo económico y legitimidad política. Más que ofrecer un modelo susceptible de ser reproducido mecánicamente en otros contextos, la experiencia singapurense invita a reflexionar sobre la importancia de construir instituciones capaces de responder a las particularidades históricas, sociales y culturales de cada sociedad. En ese sentido, la principal enseñanza de Singapur no reside en la imitación de sus políticas específicas, sino en la comprensión de que el desarrollo es, ante todo, el resultado de un proyecto nacional sostenido por instituciones sólidas, liderazgo estratégico y una visión de largo plazo.

Referencias

Guillemí, R. 2021, *El líder que terminó con la corrupción en su país y lo llevó a ser el más competitivo del mundo*, *La Nación*, consultado el 11 de junio de 2026, disponible en: <https://www.lanacion.com.ar/el-mundo/el-lider-que-termino-con-la-corrupcion-en-su-pais-y-lo-llevo-a-ser-el-mas-competitivo-del-mundo-nid24072021/>.

Higginbottom, J. 2020, *Cuando Singapur enseñó a China a ganar dinero*, *Centro Mises (Mises Hispano)*, consultado el 11 de junio de 2026, disponible en: <https://www.mises.org/es/2020/10/cuando-singapur-enseno-a-china-a-ganar-dinero/>.

Kissinger, Henry 2022, *Liderazgo: Seis estudios sobre estrategia mundial*, Debate, Barcelona.

Lee Kuan Yew 1998, *The Singapore Story: Memoirs of Lee Kuan Yew*, Prentice Hall, Singapore.

Lee Kuan Yew 2000, *From Third World to First: The Singapore Story, 1965–2000*, HarperCollins Publishers, New York.

Deutsche Welle 2015, *Muere el «padre fundador» de Singapur*, consultado el 11 de junio de 2026, disponible en: <https://www.dw.com/es/muere-el-padre-fundador-de-singapur/a-18333376>.

World Bank 2008, *Toward a Better Future: Education and Training for Economic Development in Singapore since 1965*, Development Practice in Education Series, World Bank, Washington, DC. Disponible en: <https://openknowledge.worldbank.org/server/api/core/bitstreams/e9b99ca5-b4cf-569f-b644-bf4171c59812/content>. DOI: 10.1596/978-0-8213-7375-0.